

mitarse a una mera acusación de fallos o enumeración de anomalías. Es, sobre todo, una afirmación de la grandeza divina (p. 14) y del valor permanente de la moral cristiana.

Entre los temas que aborda, recibe especial atención el de la **peculiaridad de la Moral Cristiana**, inmutable precisamente por su perfección (pp. 15-16, 108-109), ante la cual el quehacer del hombre no puede pretender una perfección o reforma de la misma, sino su conocimiento y ejercicio. El final de todo quehacer moral no es la autoperfección, pues reducir el fin del hombre a su autorrealización es renunciar a su propia y verdadera dignidad (p. 145), sino la santidad.

El tema de la **libertad** adquiere un planteamiento atrayente: la libertad ha sido concedida al hombre para hacer la voluntad de Dios (p. 137-138) y sólo por la gracia se puede usar rectamente de la misma (p. 112-114).

En cuanto al tema del **pecado**, precisan su naturaleza y concepto, frente a posibles equívocos. El pecado no es sus consecuencias (p. 141-142), la pérdida de su sentido acarrea la pérdida del sentido cristiano de la vida (p. 118-119) e incluso el mismo sentido de la libertad (p. 46-47, 64-65).

Con frecuencia afloran aspectos o temas relacionados con la **conciencia** en cuanto a su formación y el proceso de su oscurecimiento (p. 195-199).

Salen al paso de la confusión y originalidad en que, a veces, se vierten conceptos de teología moral. Analizan y señalan las causas de tal situación; que son:

1. El influjo de la filosofía de inmanencia (p. 53, 182), del pensamiento filosófico de Descartes —el hombre como valor absoluto y comienzo de toda ciencia moral— (p. 54-55), y de Kant —la moralidad producto de la propia voluntad— (p. 55-56); las consecuencias morales de la «teología de la muerte de Dios» —sustitución de Dios por el hombre— (p. 5); y de la teología de la liberación —identidad entre moralidad y devenir histórico— (p. 59-60).

2. A estas causas de índole filosófico-teológica, pueden sumarse una serie de factores personales: pérdida del sentido de lo real (p. 184-185), defectuosa educación (p. 189), afán de justificar situaciones actuales y personales (p. 180, 184), complejo de inferioridad (p. 188), y otras disposiciones personales (p. 177).

Como resumen podrían servir las tres siguientes observaciones:

1. Este libro de divulgación teológica no contiene ideas nuevas, ni tampoco viejas; son ideas de siempre expuestas con la fuerza que tienen las cosas divinas, y de plena actualidad porque es doctrina de Dios, que sólo pierde aliciente cuando sus detentadores olvidan el papel primordial que Dios ocupa en ello.

2. «La Moral Cristiana» es un conjunto de reflexiones que los AA van sugiriendo con un tono sobrenatural y concreto, con la practicidad que da la doctrina hecha vida, sin la característica —penosa en estos campos— del ensayo y del experimento.

3. Es un libro útil y esclarecedor para cualquier lector; pero me parece que especialmente para todos aquellos a quienes les salpica la literatura teológica del momento presente; para quienes les haya entrado la duda, la inseguridad o hayan comenzado a interrogarse.

Dada la amplitud de los temas que insinúan y las características reducidas del libro, los AA solamente atienden a los aspectos con más frecuencia sometidos a confusión.

EVENCIO COFRECES

PROGRESISMO Y LIBERACION

J. L. ILLANES - P. RODRIGUEZ, **Progresismo y Liberación**, 1 vol. de 160 págs. Ed. EUNSA, Pamplona, 1975.

Es indiscutible que los temas que se estudian en este nuevo libro de la colección «Temas de Nuestro Tiempo» revisten un especial interés por su actualidad. Este interés aumenta si pensamos en la abundante literatura que han provocado, no siempre lo correcta y clara que sería de esperar. Son fuertemente iluminadoras las palabras de S. S. Pablo VI, que se citan sobre este tema de la liberación en la presentación del editor: «La Iglesia aprecia extraordinariamente la palabra liberación, y la hace suya, encontrándola realizada ante todo en su doctrina fundamental de la redención liberadora del mal, del pecado, que es el primer obstáculo para la verdadera libertad de los hijos de Dios y constituye la cadena principal y la servidumbre que arrastra a la humanidad hacia el desorden... Además, la Iglesia trabaja cuanto puede, de acuerdo con sus principios y su modo propio de actuar, para dar al mundo, incluso en el campo temporal, una justicia liberadora más equitativa y más humana... como es sabido, la palabra liberación puede dar lugar a equívocos, cuando se limita al campo económico y puramente social, y cuando, al afirmar que así lo requieren la rapidez y la eficacia, se arma de odio y de violencia» (p. 11-12).

El libro contiene tres ensayos que aspiran a clarificar la temática. El primero de ellos, escrito por Pedro Rodríguez, profesor en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, esboza con la amenidad que le caracteriza la historia de los primeros años del «progresismo cristiano», esto es, de esos movimientos que nacieron inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, para «encontrar en un intento de síntesis entre el cristianismo y las posiciones marxistas la solución de los problemas sociales de la humanidad» (p. 13).

Se analiza la conexión que este movimiento tiene con el modernismo, y viene a ser una manifestación más de esa línea de pensamiento cristiano que desde hace más de cien años trata de adaptarse, con más

entusiasmo que doctrina, a los sistemas filosóficos del momento, y que ya en su día cristalizó en aquel conjunto de errores conocido bajo el nombre de modernismo» (p. 20).

El a. de este primer ensayo recorre el itinerario de los movimientos progresistas partiendo de 1947, año en el que se creó en París la «*Union des Chrétiens Progressistes*» (U.C.P.). En Italia y por la misma época surge el «*Movimiento Unitario dei Cristiani progressisti*». Ambos movimientos acaban disolviéndose por lo insostenible y absurdo de una pretendida colaboración con el comunismo. Posteriormente brotan de nuevo algunos intentos con la revista «*La Quinzaine*» y el movimiento «*Jeunesse de l'Eglise*», iniciado en 1936 y revitalizado luego por el afán de un mayor acercamiento al mundo obrero. Pese a sus buenas intenciones la línea que siguen provocan la intervención de la Iglesia que pone de manifiesto «la impregnación marxista de este movimiento de ideas». El desarrollo del «*Mouvement Populaire des Familles*» es otro ejemplo del fin lógico de quienes pretenden conjugar el cristianismo con el marxismo (cfr. p. 35).

«El primer error —dice el Dr. Rodríguez refiriéndose al progresismo— es una ilegítima valoración de un fenómeno histórico —la aparición del proletariado—, que lleva consigo todas las apreciaciones de orden marxista... El segundo error es el que determina la desviación propiamente teológica, en la que el progresismo consiste: me refiero al enfoque progresista de la interacción de lo temporal y lo espiritual» (p. 54 s.).

Bajo el epígrafe «Verdades que se han vuelto locas», señala el a. la parte positiva o aceptable que el progresismo comporta: Primeramente «los progresistas han sabido advertir y sentir profundamente una característica fundamental de nuestro tiempo: la aparición del mundo obrero como fuerza histórica operante y la necesidad de su cristianización» (p. 62). Por otra parte han subrayado —aunque no han sido los únicos— que los valores y tareas temporales tienen un valor en sí mismos y requieren una cierta técnica y pericia que no se pueden suplir con la sola buena intención. Finalmente «ha advertido el progresismo que la historia temporal debe tener un sentido», se ha interrogado seriamente sobre las relaciones entre la historia temporal y la historia de la Iglesia (cfr. p. 63). No obstante, el buen planteamiento de estas cuestiones no ha recibido la adecuada solución, antes al contrario el plano de las respuestas en un panorama desolador.

«Tanto el progresismo como sus desarrollos posteriores son, en el fondo, una abdicación de la fe en Dios y de las virtualidades del cristianismo y, consiguientemente, un apartamiento de la verdad y de la misma eficacia histórica. Por eso, hacen falta hombres que tengan la audacia y el coraje intelectual necesarios para situarse con una actitud auténticamente cristiana frente a los problemas culturales y sociales de nuestra época. Hombres que, penetrados de su fe, no abduquen de ella en ninguna circunstancia. En defini-

tiva, hoy la Iglesia y la Tierra claman por hombres que sean verdaderamente vanguardia del cristianismo y no rezagados del partido comunista...» (p. 65).

El segundo ensayo está escrito por el Dr. José Luis Illanes, también profesor de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Parte el a. de una aclaración precisa del vocablo liberación y expone los diversos sentidos en que se utiliza. La primera parte del trabajo está dedicada a la llamada «Teología latinoamericana de la liberación». En nota a pie de página identifica esta pseudoteología con la denominada «teología de la revolución» y aporta bibliografía y otros datos de interés sobre el tema, aunque se echa de menos el estudio del profesor Mateo-Seco, publicado en *Scripta Theologica*, sobre el tema de la liberación. Demuestra como G. Gutiérrez concede «una primacía y centralidad absolutas» a la política entendida «como medio de superación de la opresión económico-social». Es decir adopta una postura en la que se reduce la vida a la política y a la economía, se hace un estrechamiento de lo trascendente a lo immanente, del espíritu a la materia. Esto es seguir a Marx, aunque de modo frívolo ya que no llega a penetrar en las «instancias fundamentales» del marxismo. También muestra el «liberador teórico» de Sudamérica «una singular ligereza en la manera de referirse a las verdades cristianas, que no examina jamás a fondo... El resultado es una contradicción y una ambigüedad constante, ya que se entremezclan lenguajes e ideas diversas, más aún contradictorias» (cfr. p. 78 ss.).

Continúa el profesor Illanes el estudio del concepto liberación desde un plano menos apologético y, por tanto, más positivo. «La realidad de una liberación no nos es dada en la experiencia inmediata (que nos habla sólo de liberaciones parciales); si aflora a la conciencia es en virtud de esa percepción, por parte del hombre, de la riqueza y la hondura del ser, es decir, en virtud de una intuición metafísica que, desarrollada según su intrínseca necesidad, conduce al reconocimiento de la realidad de Dios, principio y fin de todas las cosas, y a la comprensión del hombre como un ser que se realiza en actitud de respuesta ante Dios. Por eso, sólo cuando alcanza el conocimiento de Dios, la idea de liberación se precisa y perfila» (p. 84).

Analiza el a. las diferentes corrientes ideológicas que han intentado conducir al hombre hacia la liberación. Intento vano puesto que «todas estas posiciones son exclavizadoras, ya que ocultan al hombre la auténtica profundidad de su ser y de su destino, y lo disuelven en un absoluto impersonal o en una colectividad totalitaria, y por tanto negadoras de 'a persona'; y —aunque a primera vista puede parecer paradójico— notemos además que son tanto más esclavizantes cuanto más énfasis ponen en la liberación, ya que, en esa misma medida, lanzan con tanta más fuerza al hombre en una dirección que, siendo equivocada, le va apartando progresivamente de la verdad y sometándolo cada vez más ciegamente a los ídolos que forja la fantasía» (p. 87).

En cambio, desde la sana perspectiva de una recta visión teológica «el sentimiento de esclavitud, anejo a toda concepción determinista de la vida, queda superado y sustituido por ese profundo sentido de la libertad que caracteriza a la espiritualidad cristiana, y que S. Pablo ha glosado con acentos de extraordinaria fuerza. Ya no estamos —escribe— sometidos a los elementos del mundo, de modo que debemos obrar no en temor, sino en libertad. Por eso —añade— el cristiano asume sus obligaciones y obedece a las leyes, no por la amenaza del castigo o por una resignada conformidad con las limitaciones inevitables, sino por la conciencia, es decir, por una convicción interior que nace de la fe y de la caridad» (p. 103).

El último ensayo contiene «una reflexión sobre el lugar y el sentido que la esperanza tiene en la vida del cristiano» (p. 133). Se lamenta el profesor Pedro Rodríguez de «que la teología cristiana de la esperanza se elabore hoy bajo la presión de las ideologías de la esperanza intra mundana, porque se expone a quedar condicionada de tal modo que se volatilice lo esencial, lo absolutamente nuevo e incontrovertible de la esperanza cristiana» (p. 134). Señala el a. que la esperanza no tiene el primado en la vida cristiana que está en la fe, es decir que dicha esperanza ha de estar inserta en la vida teologal del cristiano, pero de tal forma que los cristianos vienen descritos, en contraposición de los que no tienen esperanza, como los hombres de la esperanza (cfr. p. 138). Una esperanza que comporta una visión optimista y libre de la existencia humana, una esperanza que aporta fuerzas y luces nuevas a la aventura de hacer un mundo nuevo y mejor. «Creo que el momento histórico —señala el a.— pide a los cristianos teorizar menos y ponerse sencillamente a vivir, a vivir lo humano desde la vocación cristiana, a convivir y participar las esperanzas del mundo con serenidad y con pasión a la vez, ejerciendo la libertad responsable; y, en medio de esa tarea esforzada y cotidiana, explicando a los demás hombres, en conversación fraterna y amigable, dónde está el «lejos» de nuestra esperanza» (p. 158).

Como es lógico cada autor tiene su estilo y su propia perspectiva. Sin embargo, podemos afirmar que hay algo que da unidad a estos trabajos: de una parte el tono decidido y sereno a la vez de sus conclusiones, y de otra el impulso que late en sus líneas hacia una verdadera liberación y un eficaz progreso, que se inicia ya en esta vida, pero que alcanzará sus cotas más altas allá en la eternidad.

ANTONIO GARCIA-MORENO

MELITON DE SARDES

J. IBÁÑEZ - F. MENDOZA, *Melitón de Sardes. Homilía sobre la Pascua*, 1 vol. de 291 págs. Ed. EUNSA. Pamplona, 1975.

Este documento de la literatura cristiana primitiva (s. II) es sin duda uno de los textos más bellos y sugestivos que se han conocido hasta el 1940, año en que fue descubierto y editado por Campbell Bonner. Desde entonces se han venido haciendo estudios y comentarios que certifican el interés suscitado, así como la importancia de esta homilía. Los mismos autores de este libro se habían ocupado del tema en varias ocasiones a través del artículo o ponencias, pudiendo decirse que la obra viene a ser una recopilación y cúmulo de todos esos trabajos.

Después de hablarnos de la vida y obras del Obispo de Sardes, presentan los autores las ediciones y estudios que se han realizado hasta el año 1969. Luego se estudia, sin ser exhaustivos como es lógico, la teología subyacente. «La idea fundamental de la Homilía en torno a la que se polarizan y en razón de la cual se justifican las restantes ideas creemos encontrarla en el programa divino de la salvación del hombre entendida como rescate. Por su parte el desarrollo de esta soteriología se verifica apuntando los jalones de la llamada historia de la salvación. En el planteamiento de Melitón se deja ver un doble plan salvífico por parte de Dios. El primero se realiza con la creación del universo a la que sigue la formación del hombre... El segundo programa divino de salvación-redención se define con claridad y nitidez, pero resulta a veces imperceptible y tenue por la dureza y oscuridad de la nueva situación humana» (p. 33-34).

Después de dar una visión de conjunto, se estudia el pecado original, la naturaleza de la salvación y los modos de presencia de Cristo según un estudio comparativo en las homilías pascuales griegas. Con todo ello se aporta un nuevo testimonio de la tradición, valiosísimo en este caso por su antigüedad, en favor de la doctrina de la Iglesia sobre «el pecado original, originante y originado» (p. 16). En cuanto al concepto de salvación, afirman los autores que «arranca —según Melitón de Sardes— del plano interior de cada ser humano recomponiendo la relación con Dios, rota por el pecado, y se desborda a la persona entera afectando también a la sociedad y a toda la realidad terrena, es reasumida bellamente en los versículos finales de la Homilía, cuando Melitón pone en boca del mismo Cristo una invitación a todas las naciones para hacerlas beneficiarias de esta salvación. Este proceso salvador operado por Cristo se describirá en una forma gradual que tomará al hombre desde su situación de pecador y lo encumbrará introduciéndolo en el cielo para gozar de la visión beatífica y resucitándolo gloriosamente» (p. 70-71).

Brevemente se exponen los manuscritos y versiones del texto estudiado, para pasar luego a presentar el original griego y su traducción castellana, junto con bastantes notas explicativas. Sigue un apéndice con diversos fragmentos melitonianos y un apartado dedicado a la bibliografía de fuentes y estudios. Finalmente se aportan varios índices sobre lugares escriturísticos, palabras griegas, de la traducción latina de frag-